

por L. d'Andraitx

Son las once de la noche. La lámpara de mi mesa de trabajo ilumina la blanca cuartilla. No hay otra luz en la sala. Excepto la mesa, el resto de la habitación queda en una suave penumbra. Diríase que sólo existe la mesa, la cuartilla y el fuego de unas flores rojas de manzano, colocadas en un jarrón, a mi izquierda. Estoy de pie en el centro de la estancia, cara a una gran ventana que mira hacia poniente. Tiradas las cortinas y la noche fuera, es casi una ventana ciega.

Quisiera escribir ya, pero sigo indeciso, atento a las notas del Concierto N.º 5, para piano y orquesta, de Beethoven, que resonando límpidas en el silencio y la soledad de la casa, son más apremio al ensueño que no al trabajo. Ahora, precisamente, la música trae aquellas notas agudas y suaves de la frase dominante que parecen saltar o deslizarse por una escalinata de hielo, en mesurado descenso.

Me rindo a la música. Me acomodo en una butaca y cierro los ojos. No duermo.

A mi espalda quedó la mesa y una cuartilla blanca. No puedo verlas, no pienso en ellas.

La escalinata que bajaron las notas la subo yo ahora. Blanca, larga, como la que vio en sueños Jacob. Pero en la mía faltan los ángeles. Nace y muere en la misma tierra. Y yo pienso en la tierra, desde lo alto de mi escalera. Quizás sueñe, despierto, porque la veo como quisiera, como yo de siempre deseé que fuese la tierra, esta tierra, nuestra tierra.

Me cuesta mucho no ver pesimismo en las palabras que la definen como un valle de lágrimas. Y no precisamente por las lágrimas, sino por la intención. No repudío el llorar. Llorar es deuda y pago. No obstante, no me gusta aquella definición, aunque es posible que sea cierta. Mas, si Dios nos enseñó cómo llegar al cielo a través del amor y por un camino de amor, en esta misma lección deberíamos considerar incluido un cierto y sano amor a la tierra, puente de tránsito al más allá. Si Dios hubiese querido que fuese la tierra un valle de lágrimas, no habría creado las flores ni los pájaros, ni las luciérnagas, ni las caracolas, ni nada capaz de despertar amor. Y el hombre hubiese nacido adulto, camino ya de su calvario, sin Verónicas, sin Marías. Solo.

No sé, pero me imagino que al hombre, para merecer el cielo, le será exigido que sepa ver las flores que asomaron a lo largo de su ruta y al borde de sus caminos. Tal vez, haga el Señor excepción respecto a aquellos que por la intensidad de su amor a El, puesta su mirada constante en el cielo, confundan, en pleno candor, las luciérnagas con las estrellas.

¡Valle de lágrimas! Me parece excesivo. Me parece excesivo, después de la Rendición, después de la Nueva Gracia, después de la nueva luz que iluminó Su Sangre.

¿Creemos o no creemos en la Gracia?

No podemos llamar a la tierra valle de lágrimas, si nuestra fe es viva, si es honda nuestra esperanza.

La tierra no fué creada después de que se cerraron las puertas de un paraíso. Fué creada mucho antes, y Dios dijo que era buena.

Y si con lo del valle de lágrimas queremos significar cada vida, la vida, también me parece igualmente excesivo.

La vida es dura; de acuerdo. Es preciso batallar; sentirnos soldados, no plañideras. La vida es dura, sí; y debemos proseguir nuestra lucha hasta el final, sin deserción posible. No desertar de la vida ni del propio camino. Y esto supone muchas veces la más terrible paradoja, la más insoluble. Porque entre vida y camino puede mediar un ángulo inmenso.

Pero no importa; en los caminos más empinados, más ásperos, crecen flores, y en la playa más solitaria el mar arroja sus caracolas.

¿Escribí en vez de soñar? La fuerza de la costumbre.

La sala sigue en la penumbra. La luz, en la cuartilla. La música cesó, pero el fuego de las rojas flores de manzano sigue encendido.

¿Una película "que acaba mal"?

Un pedante cineasta, de cuyo nombre es mejor no acordarse, afirmó, por los micrófonos de Radio Nacional de España en Barcelona, que «Las noches de Cabiria» era una película «que acababa mal». Es decir, uno de esos argumentos en el que el esperado «happy end» brilla por su ausencia, que desagrada al público al ofrecer el fracaso de los protagonistas. Qué poco entendía este «ilustre» cineasta de lo que significa «acabar bien» o «acabar mal»... Si nunca el cine ha producido una película «que acabe bien», esta película es precisamente «Las noches de Cabiria».

No cabe duda de que los italianos detentan, hoy por hoy, la supremacía artística, en cuestiones de Cine. Federico Fellini, director de la cinta, llega a convencer de que también el Cine, sin renunciar a la amenidad, es una auténtica forma de Arte y puede ponerse al servicio del espíritu. «Las noches de Cabiria» es una película verdaderamente espiritual, que presenta ideas cristianas y las presenta en acción interpretada por personajes reales y humanizados. En este caso, esa impresionante simple de espíritu que es la buscona «Cabiria» —tan magistralmente vivida por Giulietta Masina.

«Cabiria» es una meretriz callejera de Roma. «Cabiria» se alberga en casa propia —de lo que está orgullosa— y ganada con el esfuerzo de su trabajo, «Cabiria» sabe amar y posee una buena fe impresionante. «Cabiria» no cree en la maldad, pues la ignora por completo. «Cabiria» es deliciosamente ingenua y la sensualidad es para ella un mundo ignorado. Y —aún— «Cabiria» es la única entre sus compañeras que sabe formular una petición ante una milagrosa imagen de la Virgen, cuando las otras —dramático momento...— no saben qué pedir...

Parece ser que el ruego de «Cabiria» no ha sido escuchado. Porque esa maldad que ni siquiera la roza, que no la mancha, una vez más la llevará a un dolor inesperado y terrible, capaz de sumirla en una «perdición» en la que en realidad, nunca ha estado sumida. Pero al acabar la película el espectador ve cómo la súplica fué escuchada. La bondad de «Cabiria» ha sido puesta a difícil prueba. El fracaso personal parece ya un hecho. Tememos que esa ingenua y sencilla personalidad de pronto se va a derrumbar y que «Cabiria» se convertirá en una verdadera «callejera» romana. Pues el golpe ha sido verdaderamente duro. La película está a punto de «acabar mal». Pero he aquí que la plegaria encontró oídos. Y el premio es precisamente ese poder seguir siendo uno mismo que el espectador descubre en el rostro de la muchacha. Ese poder seguir siendo la inefable «Cabiria». Ese seguir sonriendo y aceptando la pasajera alegría desvelada por las voces y las músicas de unos chicos que regresan de excursión.

No, la película no «acaba mal». Los sensibleros, tal vez pensarán que sí, que ¡pobre «Cabiria»!... Pero quien sepa mirar y escuchar con más alto propósito, entenderá que la película es un canto a la alegría evangélica, a la aceptación de la vida con espíritu cristiano. Entenderá la exhortación paulina a la alegría que palpita en ese primer plano final del rostro de «Cabiria», una simple de espíritu y todo lo opuesto a una mujer vulgar. La película «acaba bien». Tanto, que la Oficina Católica Internacional del Cine ha tenido el extraordinario acierto de distinguirla con una mención especial.

Enrique Badosa